



ENSEÑANZAS DE TEÓFANO EL RECLUSO

Por Norma Novoa

Teófano el Recluso, también conocido como Teófano el Eremita (1815-1894), es un gran místico, y un gran maestro de vida espiritual. Es el guía que conduce al alma hasta el divino silencio y le enseña la sublime sencillez de la vida interior. Si escuchamos sus palabras, dispondrá nuestras almas para recibir el don de Dios; la discreta prudencia de sus enseñanzas, parte de la idea del *Nombre Divino* como revelación, como manifestación dinámica de Dios transcendente.

Ya en los textos del Antiguo Testamento, y en los Salmos en particular, el Nombre Divino aparece como un refugio, como una potencia auxiliadora. También hay múltiples referencias al Nombre de Dios en el Nuevo Testamento en el que se da una gran diversidad de fórmulas “*En el nombre del Señor*”. Su esencia espiritual es “el descenso de la inteligencia al corazón”, llegando, por la purificación del pensamiento y el recuerdo constante del Señor, a la iluminación del hombre interior por la gracia divina y a la toma de conciencia de del Espíritu. La

práctica de esta oración es una antigua tradición muy venerable en la Iglesia de Oriente. Brota de una corriente espiritual que se remonta a los Padres del desierto y es la expresión teológica de la enseñanza de los grandes pensadores cristianos de los siglos III y IV.

La “oración” no es un ejercicio; por una repetición mecánica, se trata de liberar una espontaneidad espiritual, ese “*grito del corazón*” que hace brotar, como una fuente viva, la presencia del Señor, comunicada por la pronunciación del Nombre Divino. El Nombre Divino es pues aquí ciertamente algo distinto de un simple signo. Es el instrumento de una comunión real con el objeto significado. *Revela al Verbo divino* y lo representa, es decir, lo hace presente de una manera comparable a la que, en el templo, el icono representa y actualiza para el creyente el poder de su Dios y de sus santos.

La oración, tiende a recrear la unidad espiritual, y esto no sólo porque “*resume en unas pocas palabras, muy sencillas, la esencia de la fe*”, sino porque el Nombre Divino comunica al hombre la fuerza de la gracia divina. “*No te inquietes con el número de oraciones a recitar*”, escribe Teófano el Recluso: “*Que tu único cuidado sea que la oración brote de tu corazón, llena de vida como una fuente de agua viva. Arroja por entero de tu espíritu la idea de la cantidad*”

La oración no será más que un flujo de vanas palabras, si no va acompañada de lo que en el lenguaje ascético se llama “*la atención*” o la “*vigilancia*”, la “*prosoche*” de los hesicastas griegos. ¿En qué consiste esta atención espiritual? Es preciso que a la hora de la oración el espíritu “*descienda del cerebro al corazón*” y “*que guarde el corazón*”. “*La regla más sencilla relativa a la oración es el no representarse nada, habiendo concentrado el espíritu en el corazón, permanecer en el convencimiento de que Dios está cerca, que ve y escucha; prosternarse ante aquel que es terrible en su grandeza y cercano en su condescendencia para nosotros...(aparentemente lejano, pero realmente próximo). Es preciso esforzarse en orar sin imágenes de Dios. Permanece en el corazón creyendo que Dios está en él, pero no te preocupes de cómo Él es en realidad*”. Así, aunque la vía espiritual del que ora pasa por el desierto, no avanza sin embargo en tinieblas. La luz, pura y totalmente inmaterial que le guía, es la *fe*, iluminando la única imagen en la que el espíritu encuentra un punto de apoyo, el amado Nombre del Señor. La atención a la oración es en verdad una espera en la fe.

Los frutos de la oración ininterrumpida son el calor espiritual, la serenidad, el despego del mundo y sobre todo el celo para con Dios. Inflamando el corazón de celo para con Dios, la oración aparece así, ella misma, como el fruto de esta gracia

divina, tocando el corazón y el espíritu del hombre y reviviéndolo a una nueva vida. *“El fuego espiritual del corazón es la celo para con Dios; se inflama cuando Dios toca el corazón, pues Él es enteramente Amor y a su contacto el corazón se inflama de amor por Él”*.

Teófano escribe: *“Todo el que tienda a la vida espiritual, no puede nunca decir: yo haré esto, yo alcanzaré lo otro. Ya puedes esforzarte y fatigarte, lo mismo que el pez que golpea con la cola sin descanso contra el hielo que lo aprisiona. Sólo recibirás lo que le plazca al Señor, lo que él quiera darte, y cuando a él le parezca”*. La ascensión del alma depende, pues, de su abandono total en las manos de Dios, traducido en una aspiración hacia Él que se va haciendo cada vez más imperiosa, más exigente y más viva. El alma debe llamar, porque sabe que todo depende para ella de la gracia divina. Llamar, buscar a Dios, aspirar a Él. *“Al principio, esta aspiración es solamente algo buscado, pero poco a poco se va haciendo real, viva, espontánea, dulce, irresistible. Una aspiración semejante nos asegura de que estamos verdaderamente en camino hacia Dios, de modo que acabaremos teniendo la paz y el gozo del Espíritu”*. Teófano ve también la cumbre de la vida mística en el abandono perfecto del alma en Dios: en la cima más elevada de esta unión está la ternura del abandono, que es la condición para la unión y la medida de su intimidad, ya que la unión se

lleva a cabo haciendo vivir en nosotros puramente la voluntad misma de Dios. *“Condición esencial para no retroceder en el camino es el abandono completo de nosotros mismos en las manos de Dios, esto es, la renuncia a nuestra propia voluntad para que obre por medio de nosotros la “voluntad divina”*“. El staretz recuerda a este propósito las palabras del gran Serafín de Sarov: *“Cuando Motovilov quiso darle las gracias a Serafín por su curación, éste le contestó: Castigar o curar, hacer bajar del cielo o subir a él, no es obra de Serafín, sino únicamente de Dios. Dale gracias a Él. Yo, pobre Serafín, he puesto mi voluntad en Sus manos; no hago más que lo que Él quiere”*.

Serafín de Sarov, hablando de los grados más elevados de la oración contemplativa que nos llevan a la entrega total a Dios, se expresa así:

“Cuando la inteligencia y el corazón se unen en la oración y el alma no es turbada por nada, entonces el corazón se llena de calor espiritual, y la luz de Dios inunda de paz y alegría todo el hombre interior”.

La Luz de Dios de la cual habla el santo, no es ni sensible ni intelectual, sino espiritual e ilumina los trasfondos del corazón. Es la *Luz de la Vida* que sólo conocen aquellos que viven en ella y son iluminados por ella. Experiencia de una simplicidad infantil, como lo afirma con fuerza Serafín, y sin embargo inefable. Don del Espíritu Divino, arrobamiento del espíritu

humano en la irradiación de la Gloria de Dios, ésta es la revelación final de la obra espiritual. Aquí la oración se supera a sí misma, según las palabras de San Serafín, *“por la oración nos hacemos capaces de conversar con el Dios bueno y vivificante”*, toda oración sin embargo cesa en el momento en que Dios baja a nosotros por su gracia. *“Al ser visitado por Él, hay que cesar de orar”*.

En la Filocalia está el secreto de la perpetua oración:

“Siéntate silencioso y solitario, inclina la cabeza y no vuelvas a los lados tu mirada; respira más dulcemente, vuelve dentro de ti mismo y recoge tus pensamientos en tu corazón. Y a cada respiración, moviendo dulcemente los labios o solamente en tu espíritu, repite: el Sagrado Nombre del Señor. Esfuérzate por apartar todo otro pensamiento, conserva una calma paciente y repite este ejercicio”.

Teófano el recluso, cuando habla de la oración continua, quiere hablar de esta invocación que es *“la más poderosa de todas por el nombre del Señor que se pronuncia con fe”*.

Sin embargo, más que la fidelidad a las palabras le importa a Teófano la calma, la absorción del alma en la paz y en el silencio. *“Lo más importante es que nos pongamos delante de Dios y que lo invoquemos desde la profundidad del corazón. Eso es lo que tienen que hacer todos los que buscan el fuego de la gracia; en cuanto a las palabras o la postura del cuerpo*

durante la oración, son cosas secundarias; lo que Dios mira es el corazón”. El alma tiene que orar sin apresurarse, dejándose absorber por el sentimiento íntimo de la presencia divina y procurar no perder, ni siquiera durante las ocupaciones de la jornada, el contacto con Dios. “En esto se puede resumir toda la doctrina sobre la oración: tener el sentimiento continuo de Dios y dirigirse a Él con oraciones breves; esto es caminar en la presencia de Dios. Ten siempre un pequeño manual con la bendición de tu padre espiritual, breve, que puedas leerlo todos los días, sin prisas. Entra en el espíritu de estas oraciones de modo que cuando estás rezando, las palabras te sean ya familiares y de esta manera el sentimiento será más íntimo... Cuando te distraigas, vuelve dulcemente... No te adelantes ni una sola palabra, mientras no hayas entrado en el espíritu de la oración... Si una palabra te conmueve, no pases adelante, detente en ella...”

La oración está en saborear largamente, en un pacífico abandono en la gracia de Dios, como nos enseña siempre nuestra Maestra “en el sentimiento de la presencia divina”: más que un acto, es algo así como un estado. Teófano, de hecho, lo llama “*estado bendito*”: es la humilde rendición del hombre a una luz que lo penetra todo pacíficamente, con gran dulzura.

Estas breves invocaciones que tanto recomienda el staretz, no tienen otra finalidad más que la de encender de nuevo el fervor dormido, alimentar continuamente la llama del amor.

“Te habrá ocurrido, sin duda, algunas veces rezar con el sentimiento de una espontánea dulzura; acuérdate de lo que entonces sucedió en tu alma y procura reproducirlo de nuevo. Haz lo posible para que vayan disminuyendo los intervalos en tu oración, de manera que puedas tener siempre un continuo sentimiento de oración en tu corazón”.

Cuando el alma llegue a poseer *“el sentimiento continuo de Dios y se dirija continuamente a su Dios con breves plegarias, se habrá obtenido entonces el fin deseado y el alma caminará en la luz”*... *“Lo mismo que de un cáliz demasiado lleno desborda el agua, así de un corazón lleno de santo sentimiento, por medio de la oración, se derramará la alabanza. Entonces las tentaciones dejarán de atormentar ya al alma: cuando los ladrones se acercan a robar y sienten algún ruido, les entra miedo de entrar en la casa: lo mismo les pasa a los demonios cuando oyen el murmullo de una continua oración en el corazón”*.

Entonces, finalmente, el alma llegará a poseer la paz, y la oración se verá acompañada por todas las obras virtuosas: *“la humildad, la mansedumbre, la caridad... el sentimiento de una continua oración es como el murmullo de un plácido*

arroyuelo... Sí, porque la vida de un alma piadosa que viva en la luz de Dios es la vida de un ángel sobre la tierra...

Y Teófano también nos dice:

“Desde por la mañana eres un serafín en oración, un querubín en tus actos, en tus relaciones con el prójimo eres casi un ángel”.

Teófano, este gran maestro de vida espiritual, para dar un buen cierre a lo que llevamos dicho, agrega:

“Cuando nos retiramos dentro de nosotros mismos, debemos ponernos en la presencia del Señor y quedarnos allí, sin separar de Él nuestra mirada espiritual. Esta es la vida eremítica espiritual: permanecer solo ante la faz de Dios”.

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
